

De la cadena al cable: La teoría de la investigación de Peirce a través de sus metáforas¹

Susan Haack
shaack@law.miami.edu

El razonamiento [filosófico] no debería formar una cadena [,] que no es más fuerte que su eslabón más débil, sino un cable, cuyas fibras pueden ser finas siempre que sean lo suficientemente numerosas y estén estrechamente conectadas².

Introducción

Peirce nos advierte de que “para ser profundo es necesario ser aburrido” y reconoce que su trabajo en lógica puede resultar “tan seco, duro y poco nutritivo para el espíritu que es difícil creer que haya algún bien humano en él”³. Él es conocido por su insistencia en que es “buena economía para la filosofía dotarle de un vocabulario tan extraño que los pensadores poco rigurosos no estén tentados de tomar prestadas sus palabras”⁴; y por sus neologismos, que a veces suenan poco elegantes; por ejemplo, en su metafísica, “*agapism*”⁵ y “*tychism*”⁶, términos que sirven también para distinguir diferentes clases de evolución, “*tychastic evolution*”, “*anacastic evolution*”, “*agapastic evolution*”⁷; y, en su semiótica, “*qualisign*”, “*sinsign*”, “*legisign*”⁸, por mencionar solo la primera de sus tricotomías de signos. Y se compara con su viejo amigo William James —James “tan concreto, tan vivo”, siendo él mismo “un mero índice, tan abstracto, un nudo de cáñamo”⁹.

Y, sin embargo, como ilustra este último ejemplo, la escritura de Peirce está lejos de ser rígida, sosa o incolora; tiene un talento notable para las frases jugosas, un humor irónico y, lo que es más importante para nuestro propósito, un extraordinario talento para las metáforas luminosas y memorables. A veces, ciertamente —por ejemplo cuando pide perdón al auditorio por “saltar de una rama de mi discurso a otra y vuelta, sin más propósito aparente que un petirrojo”¹⁰— sus recursos estilísticos son simplemente decorativos y divertidos. Pero a menudo son mucho más que eso, sirviendo como motor que impulsa su pensamiento filosófico y como vehículo para introducir ideas filosóficas a sus lectores.

¹ © 2017 Susan Haack. Todos los derechos reservados. Traducción castellana de Sara Barrena.

² C. S. Peirce, *Collected Papers*, eds. Charles Hartshorne, Paul Weiss and (vols. 7 y 8) Arthur Burks (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1931-58), 5.265 (1868). En las citas de *Collected Papers* se señala el número de volumen y párrafo, seguido por la fecha original tal y como es proporcionada por los editores.

³ CP 2.17 (1902).

⁴ CP 2.223 (1903).

⁵ CP 6.102 (1892).

⁶ CP 6.302 (1893).

⁷ CP 6.302 (1893).

⁸ CP 2.244 (c.1897).

⁹ CP 6.184 (c. 1911).

¹⁰ CP 1.656 (1898).

Por ejemplo, cuando Peirce nos anima a “rescatar el buen barco Filosofía para el servicio de la ciencia de los piratas sin ley del mar de la literatura”¹¹, introduce su sutil comprensión de la precisión, y temas clave de su ética de la terminología, y resalta la diferencia entre el discurso filosófico serio y la mera escritura entretenida, elegante y culta, *belles lettres*. Cuando presenta su neologismo, “pragmaticismo”, con grandes esperanzas de que esta nueva palabra resulte “lo suficientemente fea para estar a salvo de secuestradores”¹², se separa del “despiadado abuso” que su palabra “pragmatismo” había sufrido en las revistas literarias de su tiempo, distingue su versión del pragmatismo del de James, Dewey y Schiller y hace referencia a su tema de que la fealdad puede ser una virtud positiva en la terminología filosófica. Al explicar que “en lugar de mofarse de la metafísica el pragmaticista extrae de ella su esencia preciosa”¹³, resume la diferencia fundamental entre pragmaticismo y positivismo, su compromiso con la metafísica como una parte integral de la investigación empírica seria. Y, al animar a que el lema “no bloqueen el camino de la investigación” se escriba “en cada pared de la ciudad de la filosofía”, logra articular los muchos obstáculos que los filósofos ponen en los avances intelectuales propios y ajenos¹⁴.

Peirce se da cuenta del papel de la metáfora en el origen de los símbolos, y por lo tanto en el crecimiento del significado¹⁵; y su semiótica clasifica la metáfora como la tercera de los tres tipos de representamen icónico o “hipoicono” (imagen, diagrama, metáfora)¹⁶. Hasta donde yo sé, sin embargo, no tenía mucho que decir acerca del fenómeno de la metáfora como tal¹⁷. Pero mis reflexiones iniciales sobre el papel de la metáfora en la investigación filosófica (§1) harán uso de sus ideas tanto acerca de la relación de pensamiento y lenguaje como acerca de la vaguedad, la indeterminación y la precisión. Será entonces el momento de explorar la teoría de la investigación

¹¹ CP 5.449 (1903). Véase también Susan Haack, “As for that phrase... ‘studying in a literary spirit’” (1996), en Haack, *Manifiesto of a Passionate Moderate: Unfashionable Essays* (Chicago: University of Chicago Press, 1998), 48-68; traducción castellana de Sara Barrena en “Y en cuanto a esa frase ‘estudiar con espíritu literario’...”, *Analogía Filosófica* XII, nº 1 (1998), <http://www.unav.es/gep/AN/Haack.html>

¹² CP 5.414 (1905). Véase también Haack, “The Meaning of Pragmatism: The Ethics of Terminology and the Language of Philosophy Today” *Teorema* 30, n. 3 (2009): 9-29.

¹³ CP 5.423 (1905). Véase también Haack, “The Legitimacy of Metaphysics: Kant’s Legacy to Peirce, and Peirce’s to Philosophy Today,” *Polish Journal of Philosophy* 1 (2007): 29-43; traducción castellana de Sara Barrena en “La legitimidad de la metafísica: el legado de Kant a Peirce y de Peirce a la filosofía de hoy,” *Anuario Filosófico* XL, no 2 (2007): 471-92, <http://www.unav.es/gep/PragHispHaack.html>

¹⁴ CP 1.135. Los editores describen las páginas en cuestión como de un fragmento encabezado “F.R.L.,” y lo datan c.1899; pero sabemos ahora que vienen de la cuarta de las *Cambridge Conference lectures* de Peirce de 1898. C. S. Peirce, *Reasoning and the Logic of Things*, eds. Hilary Putnam and Kenneth Lane Ketner (Cambridge, MA: Harvard University Press, 1992) (a partir de ahora, “RLT”), p. 178.

¹⁵ CP 2.222 (1903).

¹⁶ CP 2.277 (c.1902). Un hipoicono es un tercero degenerado, una “Terceridad primera”. Este comentario de Peirce ha dado lugar a una considerable literatura académica; véase, por ejemplo, Thomas L. Short, “Semeiosis and Intentionality,” *Transactions of the Charles S. Peirce Society* 17, no.3 (1981): 197-233; Douglas Anderson, “Peirce and Metaphor,” *Transactions of the Charles S. Peirce Society* 20, no.4 (1984): 453-68; Carl Hausman, “Peirce and the Interaction View of Metaphor,” en Vincent Colapietro and Thomas Olshewky, eds., *Peirce’s Doctrine of Signs: Theory, Applications, and Connections* (Berlín: de Gruyter, 1995), 193-205; Bent Sørensen et al., “Metaphor and Cognition from a Peircean Perspective,” *Transactions of the Charles S. Peirce Society* 43, no.3 (2007): 562-74; Aaron Wilson, “Peirce versus Davidson on Metaphorical Meaning,” *Transactions of the Charles S. Peirce Society* 47, no.2 (2011): 117-35. Pero no puedo entrar aquí en esas discusiones.

¹⁷ Sørensen et al. señalan otra observación de Peirce: “No solo los conceptos metafísicos necesitan ser cubiertos con ropas [metafóricas], sino también los lógicos y faneroscópicos. Pues una idea pura sin una metáfora u otra vestidura significativa es una cebolla sin piel”. *The Essential Peirce*, ed. Peirce Edition Project (Bloomington, IN: Indiana University Press, 1998), 2.392 (c. 1906).

de Peirce, comenzando con algunas importantes metáforas de su extraordinariamente fértil crítica al cartesianismo (§2); nos volveremos después a las profundas y sutiles metáforas que conforman su comprensión madura de la duda, del espíritu de investigación, del método de la experiencia y la razón, de la comunidad de investigadores y de los impedimentos que nosotros mismos ponemos en nuestro camino (§3). Finalmente, a modo de conclusión, me gustaría explorar algunas ventajas significativas de la aproximación de Peirce frente a la epistemología predominante en la corriente filosófica actual —pues, como veremos, en esto como en otras muchas cosas él estaba por delante de nuestro tiempo, así como por delante del suyo (§4).

1. El papel de la metáfora en la investigación

Thomas Hobbes pensaba que las metáforas eran peligrosas en filosofía porque usan las palabras “en otro sentido a aquel al que se ordenan; y, por lo tanto, engañan...”¹⁸. De manera similar, John Locke sostenía que “todas las aplicaciones de palabras artificiales y figurativas que la elocuencia ha inventado no sirven más que para insinuar ideas equivocadas, para mover las pasiones y, por lo tanto, para confundir al juicio; y son en efecto perfectos engaños”¹⁹. En breve, el discurso figurativo es justo la clase de “obstáculo para el verdadero conocimiento”²⁰ que los obreros de la filosofía deben remover. Mientras que Hobbes veía la metáfora como una clase de ambigüedad, Locke la veía como confusa, emotiva, apropiada para “el ingenio y la fantasía” y tolerable en el discurso ordinario (“civil”), pero peligrosa para “el juicio y el discernimiento” y por lo tanto totalmente fuera de lugar en el discurso (“filosófico”) serio²¹.

Pero ni Hobbes ni Locke practicaban lo que predicaban —de hecho, ambos se apoyaban en metáforas aunque estuvieran vituperándolas. Hobbes escribió que “las palabras son las cuentas de los hombres sabios, que solo calculan con ellas, pero son el dinero de los necios”²²; y que las metáforas “son como *ignes fatui*; y razonar sobre ellas es caer en innumerables absurdos”²³ dejándote “enredado en las palabras como un pájaro en una trampa de liga”²⁴. Locke escribió que el lenguaje figurativo hace demasiado fácil ocultar doctrinas absurdas “con legiones de palabras oscuras, dudosas e imprecisas”, “zarzas y espinas” verbales que hacen imposible escapar a la confusión²⁵; de modo, aconsejó, que si lo que queremos es “la árida verdad y el conocimiento real” deberíamos evitar escrupulosamente las metáforas y similares²⁶. Y lo que es más importante, apenas puede entenderse la filosofía política de Hobbes sin apreciar su metáfora del estado como leviatán, o la teoría del conocimiento de Locke sin apreciar sus metáforas del filósofo como obrero de las ciencias, o de la mente como una pizarra en blanco, como un armario vacío.

La confusión verbal es ciertamente indeseable en la escritura filosófica seria; y también lo es el tipo de ambigüedad simple e inaceptable que da lugar a falacias de equívoco. Pero Hobbes y Locke no tienen razón al suponer que la metáfora es inherentemente confusa, ambigua y engañosa; no lo es, al menos si se reconoce *como* metáfora y no se toma literalmente. Es cierto que la metáfora *es*

¹⁸ Thomas Hobbes, *Leviathan* (1651), ed. C. B. McPherson (Harmondsworth, Middlesex: Penguin Books, 1968), p. 102. Hobbes admite, sin embargo, que las metáforas no son la peor clase de abuso del habla, ya que ellas al menos “declaran su inconstancia” (p.110).

¹⁹ John Locke, *Essay Concerning Human Understanding* (1690), ed. Alexander Campbell Fraser (Nueva York: Dover, 1959), III.x.34. Las referencias se hacen por libro, capítulo y número de sección.

²⁰ Locke, *Essay*, III.x.34.

²¹ Locke, *Essay*, III.x.34.

²² Hobbes, *Leviathan*, p. 106.

²³ Hobbes, *Leviathan*, pp. 116-17.

²⁴ Hobbes, *Leviathan*, p. 105 (“liga [*lime*]” se refiere aquí a una sustancia pegajosa hecha con la corteza del muérdago que se usaba para atrapar pequeños pájaros).

²⁵ Locke, *Essay*, III.x.9.

²⁶ Locke, *Essay*, III.x.34.

inherentemente indefinida, abierta a interpretación; en efecto, tal y como la concibo, funciona como una clase de invitación abierta a buscar parecidos relevantes entre las cosas que se comparan de forma implícita²⁷. Pero, con la ayuda de las ideas de Peirce sobre la relación de pensamiento y lenguaje y el papel de lo vago, podemos ver que esta apertura es precisamente lo que permite que una buena metáfora te ayude a encontrar ideas prometedoras y a comunicarlas de forma efectiva.

Tanto Hobbes como Locke entendieron el lenguaje como un mero vehículo para la expresión de ideas, necesario para la comunicación, pero no esencial para el pensamiento²⁸. Peirce, sin embargo, nos enseña que esa idea de la relación de pensamiento y lenguaje está mal concebida. Todo el pensamiento es en signos²⁹; pensar acerca de algo es una especie de diálogo interno, de discusión interior silenciosa³⁰; “los hombres y las palabras se instruyen recíprocamente unos a otros”³¹. Es cierto; y una metáfora certera puede instruir tanto a su autor como a su audiencia invitándoles a explorar parecidos entre el fenómeno menos familiar bajo escrutinio y uno más familiar.

Hobbes y Locke dieron por sentado que la falta de especificidad de una metáfora —que es lo que Peirce entendía por “vaguedad”— es algo malo. Peirce nos enseña, sin embargo, que para ciertos propósitos la apertura y la falta de especificidad puede ser algo bueno. Sí, como escribe en “*How to Make Our Ideas Clear*”, una idea *no* clara actúa a veces como “una obstrucción de materia inerte en una arteria, dificultando el riego” del cerebro de un joven, condenándole a “perecer (...) en lo mejor de su plenitud intelectual; y demasiados jóvenes ha sido seducidos por “la vaga sombra de una idea” que, al final, no lleva a nada³². Sin embargo, también escribe que no puede haber una formulación perfecta de una tesis filosófica³³; y esto significa que las ideas inicialmente poco específicas, tales como las creencias instintivas del Sentido Común Crítico, que son ciertas precisamente porque son “invariablemente vagas”³⁴, deben gradualmente refinarse, articularse y hacerse más definidas³⁵.

Estas nociones peirceanas sugieren un papel positivo de la metáfora tanto en las primeras y tentativas etapas de la investigación filosófica como al presentar ideas filosóficas a otros. Una buena metáfora puede sugerirnos dónde buscar paralelismos que merezca la pena desarrollar, caminos que merezca la pena seguir y abducciones potencialmente fructíferas. Articular las ramificaciones de una metáfora certera puede ser una herramienta casi indispensable de la investigación filosófica; y una imagen metafórica inicialmente imprecisa puede ser una excelente manera de presentar a la audiencia una manera nueva, poco familiar y fructífera de ver las cosas, como pronto veremos.

²⁷ Me he servido aquí de un artículo mío anterior, “Dry Truth and Real Knowledge: Epistemologies of Metaphor and Metaphors of Epistemology” (1995), en Haack, *Manifesto of a Passionate Moderate* (nota 11 arriba), 69-89, en el que trato sobre las críticas a la metáfora de Hobbes y Locke, y desarrollo mi concepción de su papel epistemológico con más detalle. También señalo la afinidad de mi comprensión de la función de la metáfora con la explicación propuesta anteriormente por Robert Fogelin, *Figuratively Speaking* (New Haven: Yale University Press, 1988).

²⁸ Aunque notablemente, a pesar de su postura “oficial”, ambos reconocieron que el abuso del lenguaje puede llevar al pensamiento por mal camino.

²⁹ CP 5.250-53 (1868).

³⁰ CP 4.6 (1906).

³¹ CP 5.313 (1868).

³² CP 5.393 (1878).

³³ CP 1.140, RLT, p.180 (1898).

³⁴ CP 5.446 (1905).

³⁵ Esta idea da forma al “método de aproximación sucesiva” que adopté en *Evidence and Inquiry* (1993; segunda ed., Amherst, NY: Prometheus Books, 2009).

2. El callejón sin salida cartesiano

En el párrafo inicial del segundo de sus tres artículos anticartesianos de 1868, “*Some Consequences of Four Incapacities*”, Peirce compara la aproximación cartesiana a la filosofía con el escolasticismo al que desplazó.

- I) El cartesianismo enseña que la filosofía debe comenzar con la duda universal, mientras que el escolasticismo “nunca cuestionó los fundamentos”.
- II) Convierte la consciencia individual en la última prueba de certeza, mientras que el escolasticismo descansaba en “el testimonio de los eruditos y de la Iglesia Católica”.
- III) Descansa en una única línea de inferencia, de manera muy diferente a la “argumentación multiforme” del escolasticismo.
- IV) Y, ya que “Dios lo hizo así” no es en absoluto una explicación efectiva, el cartesianismo convierte muchos hechos en inexplicables; mientras que el escolasticismo, aunque reconocía “misterios de fe”, pretendía, como dice Peirce, “explicar todas las cosas creadas”, esto es, explicar todo lo que pertenece al ámbito de la experiencia y de la razón³⁶.

Lo que resulta menos evidente a partir solo de estas observaciones es la manera en que cada una de ellas conduce —algunas veces en el mismo “*Some Consequences*” y otras veces únicamente después— a alguna memorable metáfora peirceana que a su debido momento iluminará algún tema importante de su teoría de la investigación.

Tal y como Peirce lo entiende, Descartes proponía un nuevo inicio para la filosofía intentando dudar de todas las creencias anteriores, de manera que pueda determinarse si algunas de ellas son “indubitables”, esto es, imposibles de dudar; pero, afirma Peirce, este procedimiento no puede ser más que una ficción. *Es imposible* comenzar con la duda completa; solo puedes partir desde donde estás, con las creencias que actualmente tienes. En 1868 Peirce se apoya en una comparación, escribiendo que el escepticismo buscado de Descartes:

...será un mero auto-engaño, y no una duda real; y nadie que siga el método cartesiano estará satisfecho hasta que haya recuperado formalmente todas esas creencias que ha abandonado en la forma. [Esto] es... un preliminar tan inútil como lo sería ir al Polo Norte para llegar a Constantinopla descendiendo de forma regular por un meridiano³⁷.

Uno puede sentir que esta crítica apenas es justa: que cuando Descartes proponía revisar sus creencias y rechazar todas excepto las “indubitables” no usaba esa palabra subjetivamente (“creencias que yo no puedo dudar”) sino objetivamente (“creencias que nadie podría tener razón para dudar”). Y en efecto Peirce *es* un poco injusto.

Pero por debajo de la superficie de su quizás deliberadamente tendenciosa crítica subyace algo mucho más profundo: un completo rechazo de la concepción cartesiana de qué es la duda y cuál es su papel en la investigación en general y en la investigación filosófica en particular. La creencia, escribe Peirce, *guía* la acción, lo que la duda nunca hace —la duda estimula la investigación, pero, lejos de decirnos cómo actuar, puede dejarnos paralizados, sin saber qué hacer. Pues la duda —esto es, la duda *real*— es un “estado intranquilo, insatisfecho”³⁸, el tipo de irritación que surge cuando un hábito-creencia existente se ve perturbado por una experiencia contraria. “¿Llamas dudar a escribir en un trozo de papel que dudas?”, pregunta Peirce; “si es así la duda no tiene nada que ver

³⁶ Resumen CP 5.264 (1868).

³⁷ CP 5.265 (1868).

³⁸ CP 5.372 (1877).

con un asunto serio”³⁹. De ahí una metáfora que usará una y otra vez: la duda genuina, real, es una “duda viva”⁴⁰; el *Ersatz* cartesiano es meramente una “duda de papel”⁴¹.

Descartes pensó que había encontrado un criterio infalible para identificar lo indubitable: “lo que percibo de manera clara y distinta es verdadero”; pero el hecho es, afirma Peirce, que todo individuo tiene puntos ciegos y limitaciones, y es ignorante de algunas cuestiones y se confunde acerca de otras. Por esta razón la investigación científica sería obra de muchas personas a lo largo de muchas generaciones, y el consenso de la comunidad de investigadores a largo plazo es una guía hacia la verdad mucho mejor que la intuición de cualquier individuo⁴². De ahí la mordaz representación metafórica que hace Peirce de Descartes, “el padre de la filosofía moderna”, como marcando el inicio del “periodo en el que la filosofía dejó atrás los infantilismos y comenzó a ser un joven engreído”⁴³.

Podría sentirse que esta crítica, también, es un poco injusta; después de todo, aunque Descartes ciertamente usa una vez y otra “yo”, “me” y “mi”, también habla a veces en plural: “los sentidos en ocasiones nos engañan”; “supongamos que estamos dormidos...”; “estamos obligados... a confesar que... todas esas imágenes de cosas que están en nuestros pensamientos, sean verdaderas y reales o falsas y fantásticas, se han formado”⁴⁴. El punto es, me parece, que cualquiera al que le interese puede realizar el mismo proceso de revisar sus creencias como ha hecho Descartes; de modo que, en este sentido, *no* todo gira alrededor de él. Dicho esto, sin embargo, debe añadirse que no hay ninguna indicación de que Descartes reconociera de alguna manera las dimensiones sociales de la investigación, y que pronto veremos cómo Peirce se mueve desde su quizás no demasiado justa crítica a una comprensión sutil y compleja de la importancia de la comunidad de investigadores intergeneracional y a largo plazo.

La aproximación de Descartes a la filosofía sigue el modelo de una prueba matemática, de una cadena de inferencias —una cadena de inferencias, añade Peirce, sobre “premisas que pasan desapercibidas”. Pero, continúa —introduciendo una de sus metáforas más importantes, la que he adoptado como título de este texto— es mucho mejor que la filosofía imite a las exitosas ciencias:

...procediendo solo a partir de premisas tangibles que puedan someterse a un cuidadoso escrutinio, y... confiando más en la multitud y variedad de sus argumentos que en lo conclusivo de alguno de ellos. Su razonamiento no debería formar una cadena [,] que no es más fuerte que su eslabón más débil, sino un cable, cuyas fibras pueden ser finas siempre que sean lo suficientemente numerosas y estén estrechamente conectadas⁴⁵.

³⁹ CP 5.416 (1878).

⁴⁰ CP 7.315 (1873); 5.376 (1877); 5.384 (1877).

⁴¹ CP 5.445 (1905); 5.514 (c.1905); 6.498 (c.1906); 6.500 (c.1906).

⁴² CP 5.311 (1868). Véase también Susan Haack "Descartes, Peirce and the Cognitive Community," *The Monist* 65, no.2 (1982):156-81.

⁴³ CP 4.71 (1893).

⁴⁴ Las *Meditaciones acerca de la filosofía* primera de Descartes fueron publicadas originalmente en latín (París, 1641). Al año siguiente fueron traducidas al francés por el Duque de Luynes, y la traducción fue revisada y aprobada por el mismo Descartes. Creo que es en esta traducción, publicada en París en 1647, en la que se basa el texto francés en André Bridoux, *Descartes: Oeuvres et Lettres* (París: Gallimard, 1953). Mis citas provienen de una edición estándar inglesa de las *Meditaciones de Descartes*, Elizabeth S. Haldane y G. R. T. Ross, *The Philosophical Works of Descartes* (Cambridge: Cambridge University Press, 1911), vol. I, 131-99, pp. 145 and 146, que es fiel a las versiones latina y francesa donde también aparecen las formas plurales; observo, sin embargo, que una traducción inglesa más reciente, que sustituye “nosotros” por “yo” o por una construcción pasiva convierte la postura de Descartes en todavía más susceptible a la crítica de Peirce de lo que realmente es. *Descartes, Meditations*, trad. John Cottingham (Cambridge: Cambridge University Press, 1986). [Nota de la traductora: Las citas que aparecen aquí son mi versión castellana de las citas de Haack a partir de la edición de Haldane y Ross].

⁴⁵ CP 5.265 (1868).

La propia argumentación de Peirce está en notable conformidad con el patrón que recomienda. Pensemos, por ejemplo, en la malla de argumentos (fenomenológicos, lógicos, ontológicos) que apoyan sus categorías universales, o en el razonamiento multiforme detrás de su forma característica de empirismo⁴⁶, su rechazo al nominalismo o su teoría de la investigación. Más aún, sus muchos cables de argumentos están a su vez entrelazados, dándole a su filosofía como un todo su carácter arquitectónico⁴⁷.

Descartes afirma que Dios existe y que no es un engaño; y así, puesto que Dios le hizo a él y a sus facultades, lo que percibe de forma clara y distinta es verdadero. Pero entonces, ¿cómo puede ser que alguna vez esté equivocado, que alguna vez perciba o juzgue mal? Porque, responde Descartes, la voluntad es inherentemente ilimitada, y así excede de forma inevitable nuestro limitado intelecto humano, que nos tienta a llegar más allá de lo que nuestra comprensión intelectual permite, y de ese modo nos conduce al error. Pero, ¿por qué un Dios omnipotente, omnisciente y benévolo no les da a los seres humanos un intelecto de un alcance tan amplio como su voluntad? Es un misterio, responde Descartes; no podemos esperar desentrañar las razones de Dios.

Apelar a lo inexplicable, objeta Peirce, es inaceptable: tomando prestada una palabra que usa en otro lugar, es “no-filosófico”⁴⁸. El punto, me parece, no es que no pueda haber algunas cosas cuya explicación esté más allá de las capacidades humanas —sin duda las hay— sino que simplemente afirmar que esto o aquello es inexplicable es garantizar que, incluso aunque *haya* una explicación al alcance de nuestras capacidades, nunca la encontraremos. Esta es la razón, como más adelante veremos, por la que apelar a lo inexplicable viola ese principio cardinal, “No bloqueen el camino de la investigación”⁴⁹.

Peirce escribió una vez que había “encontrado la combustión de un hombre de paja uno de los mejores medios para impedir que mi chimenea lógica humee”⁵⁰; y su crítica a Descartes, aunque no sea escrupulosamente justa en todos los aspectos, sirve ciertamente para ese propósito: prepara el camino a una concepción muy diferente y mucho más fructífera de la investigación de lo que Descartes nunca soñó. De hecho, las metáforas a las que “*Some Consequences*” nos conduce —duda viva frente a dudas de papel; el cable de argumentación frente a una cadena de razonamientos; el joven engreído; la prohibición de bloquear la investigación— constituyen ya una buena introducción a la teoría de la investigación de Peirce.

3. El camino abierto de la investigación

—Pero *solo* una introducción. Pues conforme la filosofía de Peirce se desarrolla y articula ideas clave acerca de la “actitud científica”⁵¹, del papel de la experiencia y del razonamiento, la comunidad de investigadores, la naturaleza de la verdad y la realidad, etc., utiliza otras muchas metáforas importantes: el investigador como tensando el arco sobre la verdad; la comunidad de investigadores como asaltando la fortaleza del conocimiento; la ciencia como caminando sobre una ciénaga más que asentada sobre terreno firme; y toda una variedad de imágenes náuticas⁵², de la filosofía como un barco impulsado por la experiencia y guiado por la lógica a través del océano del pensamiento.

⁴⁶ Como Aaron Wilson articula muy bien en su *Peirce's Empiricism: Its Roots and Its Originality* (Lanham, MD: Lexington Books, 2016).

⁴⁷ CP 6.33 (1891); 6.604 (1893); 6.612 (1893); 1.176 (c.1896); 5.5 (c. 1905).

⁴⁸ CP 7.322 (1873); 5.409 (1878); 6.427 (1878); 7.322 (1873); 7.492 (c.1898).

⁴⁹ CP 1.135, RLT, p. 178 (1898).

⁵⁰ CP 5.503 (c. 1905).

⁵¹ CP 7.134 (c.1866); 1.43 (c.1896); 7.604 (1903).

⁵² Las metáforas náuticas recuerdan a la extensa comparación náutica de Platón en la *República* VI, 488a.

Las metáforas de Peirce son tan notablemente variadas como filosóficamente ricas. Pero mientras que utilizar varias metáforas diferentes, como hace a menudo, a veces es simplemente una manera de explorar una cuestión desde muchos ángulos, cuando una metáfora sugiere una aproximación o concepción y otra sugiere una aproximación o concepción diferente y quizás incompatible, esto puede crear tensión. Cuando ambas metáforas de dos aparentemente rivales parecen pertinentes, el aparente conflicto debe resolverse de alguna manera; y tales choques marcan a menudo un punto en el que Peirce se da cuenta de que alguna formulación anterior de una idea necesita ser ampliada, modificada o perfeccionada. Así, le vemos distinguiendo los elementos naturalistas y normativos en su explicación de la motivación para la investigación, la obra de un individuo y la obra de una comunidad entera y continuada de investigadores, el percepto y el juicio perceptual en el *percipium*, el corto y el largo plazo. Pero ahora me estoy adelantando.

El rechazo de Peirce al error cartesiano de “tomar una duda de papel por auténtico metal”⁵³, y su insistencia en que la “defensa contra la duda falsa no es sino la acción de un cartucho vacío...inútil”⁵⁴, sugiere un cuadro del todo naturalista. La duda *real*, como opuesta a la duda fingida cartesiana, es una condición incómoda que surge cuando se perturba una creencia-hábito existente, y es precisamente esa incomodidad la que ocasiona la investigación. “La duda genuina siempre tiene un origen externo, normalmente a partir de la sorpresa”⁵⁵. Y “la duda viva es la vida de la investigación. Cuando la duda se pone a descansar, la investigación debe detenerse...”⁵⁶; “debe haber una duda viva y real y sin ella toda discusión es inútil”⁵⁷.

Pero, en otro lugar, Peirce ofrece lo que parece ser a primera vista una comprensión muy diferente del motivo para investigar. “El poder [intelectual] real... no es innato en el hombre”, escribe; “tiene que ser desarrollado; y la primera condición es que el alma del hombre esté llena del deseo de descubrir la verdad...”⁵⁸. “Para razonar bien”, nos dice, “es absolutamente necesario poseer... virtudes tales como honestidad intelectual y sinceridad y un amor real por la verdad”⁵⁹. Y en esta línea introduce una nueva metáfora. Afirmando que “el espíritu es la cosa más esencial, el motivo”, describe al investigador genuino —el investigador con “actitud científica”⁶⁰— como “tensando el arco sobre la verdad con atención intensa en el ojo, con energía en el brazo”⁶¹.

Cada palabra de esta espléndida metáfora está realizando un efectivo trabajo filosófico. “Atención intensa en el ojo” requiere que el investigador no pierda de vista el enfoque, que no se acomode a alguna conclusión fácil y conveniente; “energía en el brazo” requiere que el investigador no afloje, que no abandone simplemente porque la tarea resulte difícil y exigente. Pero la nueva

⁵³ CP 5.445 (1905). La primera emisión de papel moneda en lo que es ahora Estados Unidos, inicialmente como una medida temporal, fue realizada por la Massachusetts Bay Company en 1690. Sin embargo, más relevante para el uso de esta metáfora de Peirce, son las controversias entre el oro, la plata y el papel moneda que comenzaron en la década de 1870. En 1873, el dólar de plata había caído en la acuñación; y en 1879 los “*Greenbacks*” que sobrevivían [dólares de papel más viejos] se hicieron convertibles solo al oro. Esto condujo a un contra-ataque de los partidarios de la plata, con el resultado de que el Congreso autorizó unas adquisiciones de plata tan abundantes que empezó a desplazar al oro; y en las elecciones presidenciales de 1896 William Jennings Bryan (quien sin embargo perdió ante el Presidente McKinley) trató de convertir la “cuestión de la plata” en el asunto principal. Véase John Kenneth Galbraith, *Money: Whence It Came, Where It Went* (Nueva York: Houghton Mifflin, 1975), pp. 51 and 84-100.

⁵⁴ CP 2.196 (1902).

⁵⁵ CP 5.443 (1905).

⁵⁶ CP 7.315 (1873).

⁵⁷ CP 5.376 (1877).

⁵⁸ Peirce, en Carolyn Eisele, ed., *The New Elements of Mathematics* (Mouton: The Hague, 1976), vol. 4, p. 977 (de una carta a Francis Russell, 1 de enero, 1909).

⁵⁹ CP 2.82 (1902).

⁶⁰ CP 1.43 (c.1896).

⁶¹ CP 1.235 (1902).

metáfora también presenta un problema. Pues si uno piensa solamente en su crítica al método de Descartes y en su metáfora de la duda viva, podría parecer que Peirce concibe la investigación simplemente como un proceso cognitivo homeostático en el que nos quedamos contentos con cada nuevo equilibrio hasta que se ve de nuevo perturbado. Pero la metáfora de tensar el arco sobre la verdad sugiere un cuadro normativo de la investigación muy diferente —como mucho más que simplemente rascar un picor cognitivo, mucho más que simplemente luchar por llegar desde un estado incómodo de duda a un estado más cómodo de creencia establecida.

De hecho, esta dualidad ya estaba presente en 1877, en “*The Fixation of Belief*”, donde Peirce escribe:

... Con la duda, entonces, empieza la lucha, y con el cese de la duda termina. Así, el único objeto de la investigación es establecer la opinión. Podemos pensar que esto no es suficiente para nosotros, y que lo que buscamos no es meramente una opinión, sino una opinión verdadera. Pero si sometemos a prueba esta idea se verá que carece de fundamento; pues tan pronto como alcanzamos una creencia firme nos sentimos totalmente satisfechos, sea verdadera o falsa⁶².

Pero solo unas páginas después, sosteniendo la superioridad del método “científico” para fijar la creencia, añade:

Un hombre debería considerar... que, después de todo, desea que sus opiniones coincidan con los hechos... [y] producir este efecto es prerrogativa del método de la ciencia⁶³.

¿Cómo pueden reconciliarse estas dos descripciones aparentemente muy diferentes, la naturalista y la normativa? En “*Fixation*”, se deja al lector con sus propios medios: mi mejor hipótesis es que Peirce estaba pensando que, ya que las creencias fijadas por el método de la ciencia están determinadas por “alguna permanencia externa”⁶⁴, es probable que resulten establecidas *permanentemente*⁶⁵, mientras que aquellas fijadas por otros métodos son —al menos para cualquier investigador mínimamente reflexivo que no se aisle por completo de la posibilidad de la recalcitrante experiencia— siempre vulnerables a ser *des*-establecidas.

Pero para el tiempo en que Peirce articula su doctrina del sentido común crítico empezamos a ver cómo reconcilia esas concepciones aparentemente en conflicto, la naturalista y la normativa. “Si [un] hombre pretende arrojar por la borda el sentido común, esto es, el instinto, y ser perfectamente racional se rodea de tontas dudas de papel”⁶⁶, escribe. Pero, de todos modos, el partidario del sentido común crítico “tiene la duda en alta estima”, incluso la ansía; solo que, continúa Peirce, “sus ansías no se verán calmadas con dudas de papel; debe tener el metal noble y pesado...”⁶⁷. De acuerdo a la perspectiva naturalista de Peirce la tendencia humana corriente es a luchar para *salir* de un estado de duda; pero el partidario del sentido común crítico, vemos ahora —el investigador científico, en el sentido amplio de Peirce— se ha dado cuenta de que, aunque sea incómoda, la duda ha de valorarse efectivamente e incluso ha de ser buscada, pues eso es lo que le mueve a investigar. Será entonces *proactivo*: no se sentará simplemente a esperar a que la experiencia perturbe una

⁶² CP 5.375 (1877).

⁶³ CP 5.387 (1877).

⁶⁴ CP 5.384 (1877).

⁶⁵ No estoy segura de que esto sea verdad; Peirce puede haber olvidado que, en nuestro estado de conocimiento siempre imperfecto, una creencia verdadera puede ser des-establecida a corto o incluso a medio plazo por pruebas que no nos damos cuenta de que son engañosas. De manera interesante, este tema —la prueba engañosa— parece haber sido más explorado por novelistas que por epistemólogos. Véase por ejemplo Michael Frayn, *Headlong* (Nueva York: Picador/Henry Holt, 1999); Scott Turow, *Reversible Errors* (Nueva York: Warner Books, 2002).

⁶⁶ CP 6.500 (c.1906).

⁶⁷ CP 5.514 (c.1905).

creencia y le arroje a la duda y le incite a investigar, sino que *buscará* activamente las circunstancias en las que podría encontrar esa experiencia perturbadora, o hará incluso que sus juicios cognitivos fluyan *imaginando* esas circunstancias, pues eso apresurará el proceso de investigación.

“La vacilación fingida”, nos dice Peirce, “juega un papel importante en la producción de la investigación científica”, estimulando la mente a la actividad, “ligera o enérgica, calmada o turbulenta”⁶⁸. A primera vista este reconocimiento del papel de la duda fingida —esto es, de la duda imaginada— puede parecerse sospechosamente a un restablecimiento del método cartesiano con el que Peirce había sido antes tan desdeñoso. Pero realmente es muy distinto. No hay en absoluto ninguna sugerencia de la clase de la suspensión completa de la creencia que Descartes había propuesto, y mucho menos del fundacionalismo infalibilista al que conducía; más bien, el investigador peirceano imagina posibles circunstancias que le darían *razón* para dudar alguna creencia suya *específica*, y como resultado se encuentra en un estado de duda real y así se ve empujado a investigar.

Volviéndonos ahora al papel de la experiencia en la investigación, encontramos que Peirce usa un conjunto de metáforas náuticas:

La investigación debe reaccionar contra la experiencia para que el barco pueda ser impulsado a través del océano del pensamiento⁶⁹.

¿Cómo tiene lugar la acción de forma precisa? ... En un momento dado un barco va atravesando los vientos a través de un mar en calma,... cuando de repente choca contra una roca⁷⁰.

Pero en un pasaje que trae vivamente a la mente la metáfora del “cable”, en el que escribe sobre la traducción de las inscripciones cuneiformes⁷¹, Peirce usa una imagen aparentemente opuesta. El proceso de traducción comenzó, como él observa, con una pura especulación, pero con el tiempo las traducciones fueron bien apoyadas por una red densa y completa de argumentos entretreídos, y de esa manera se estableció de manera sólida que apenas resultaría adecuado describirlas por más tiempo como una “teoría”. La ciencia, continúa, “no está de pie sobre los cimientos de los hechos. Está caminando sobre una ciénaga y solo puede decir: por el momento este terreno parece sostenerse”⁷² —ya que fue la densa red de pruebas conectadas, no el cimiento de los hechos, lo que estableció la legitimidad de esas traducciones. Pero, otra vez, la nueva metáfora presenta un problema, pues parece estar en tensión con la imagen de la experiencia como la roca contra la que

⁶⁸ CP 5.394 (1878).

⁶⁹ CP 8.118 (1902).

⁷⁰ CP 5.51 (1903).

⁷¹ Hay diferentes tipos de escrituras cuneiformes (persa antiguo, elamita y babilonio); el persa antiguo fue el primero en ser descifrado. La historia comienza en el siglo XVIII, con viajeros que visitaban las ruinas de Persépolis; y mucha gente —incluyendo a Carsten Niebuhr, c.1774-78; Olaus Gerhard Tychsen, c.1798; Friedrich Christian Karl Heinrich Münter, c.1800; Rasmus Christian Rask, c.1827; Eugène Brunouf, c.1836; and Christian Lassen, c.1836— contribuyó a su desciframiento final. Ernst Doblhofer, *Voices in Stone: The Decipherment of Ancient Scripts and Languages* (Nueva York: Viking, 1961), pp. 93-93 (Nieburh), 97-98 (Tychsen), 98-99 (Münter), 100-106 (Grotefend), 106-07 (Rask), 116-117 (Lassen). Pero las principales aportaciones parecen haber sido las de Georg F. Grotefend, alrededor de 1803-1805; y, desde 1838-39 y 1844-49, Henry Creswicke Rawlinson, que se dio cuenta de que se necesitaban inscripciones más largas de diferentes contextos (¡aparentemente le llevó diez años copiar 414 líneas de texto, ya que estaban talladas en un acantilado escarpado!). Doblhofer, *Voices in Stone*, pp. 100-106 (Grotefend) and 108-119 (Rawlinson). C. B. F. Walker, “Cuneiform,” en J. T. Hooke, ed., *Reading the Past: Ancient Writing from Cuneiform to the Alphabet* (Berkeley y Los Angeles: University of California Press/British Museum, 1990), 15-74, pp. 58ss.

⁷² CP 5.589, RLT, pp.176-77 (1898).

choca el barco, la roca que provoca la duda, que estimula la investigación y que hace que el barco avance.

Esta tensión se resuelve en la teoría madura de la percepción de Peirce, cuando distingue dos elementos distintos pero inseparables del *percipium*: el percepto y el juicio perceptual que ocasiona. El *percepto*, que es un evento, no una proposición, no puede ser ni verdadero ni falso, ni falible ni infalible. Pero el juicio perceptual —aunque, dice Peirce, es involuntario, forzado sobre nosotros por el percepto— es proposicional, verdadero o falso y, por lo tanto, como todos los juicios, falible⁷³. La metáfora del barco chocando contra una roca captura la Segundidad bruta, sorda, del percepto y la naturaleza involuntaria del juicio que ocasiona; la metáfora de la ciencia como caminando sobre una ciénaga captura la falibilidad del juicio perceptual.

En una encantadora mini-fábula que hace recordar sus restricciones al individualismo de Descartes, Peirce señala que lo que una persona percibe depende tanto de sus circunstancias como de las peculiaridades de su aparato perceptual:

Supongamos que hay dos hombres, uno sordo y otro ciego. Uno escucha a un hombre afirmar que se propone matar a otro, escucha el sonido de la pistola y escucha a la víctima gritar; el otro ve el asesinato. Sus sensaciones están afectadas en el más alto grado por sus peculiaridades individuales... pero sus conclusiones finales...serán idénticas y libres de la parcialidad de sus idiosincrasias⁷⁴.

Y en el mismo pasaje conecta este pensamiento con sus concepciones distintivas de verdad como Opinión Final y de realidad como el objeto de esa opinión:

Toda opinión y pensamiento humano contiene un elemento arbitrario, accidental, dependiente de las limitaciones de las circunstancias, de la capacidad y las inclinaciones del individuo; en breve, un elemento de error. Pero la opinión humana a largo plazo tiende universalmente a una forma definida, que es la verdad⁷⁵.

La última frase, sin embargo, plantea un nuevo problema. No puede haber garantía de que ni siquiera el más honesto, diligente y centrado de los investigadores vaya a tener éxito; y uno se queda preguntándose qué *importa*, si en efecto se da esa tendencia universal a la verdad, que el individuo tense realmente el arco sobre la verdad o que espere simplemente hasta que la experiencia le asalte. Peirce comienza a reconciliar esas dos ideas cuando escribe:

La única clase de predestinación del logro de la verdad de la ciencia es una predestinación futura... Más tarde o más temprano obtendrá la verdad, nada más... Resulta totalmente incierto cuándo se alcanzará la verdad.

En este contexto recurre a una nueva metáfora, esta vez militar:

...la idea de ciencia es hacer crecer el suelo bajo los pies de los defensores de la verdad con los cadáveres de esta generación, y quizá de otras que vendrán después de esta, hasta que alguna generación futura, pisando sobre ellos, pueda asaltar la ciudadela⁷⁶.

Esto ilustra de forma vívida el tema de Peirce de que la investigación es inevitablemente no obra de un individuo sino de una comunidad completa y continua. Pero para explicar por qué realmente

⁷³ "Telepathy and Perception," CP 7.597-688 (1903). Véase también Susan Haack, "How the Critical Common-sensist Sees Things," *Histoire, épistémologie, langage* 6, n. 1 (1994): 9-33.

⁷⁴ CP 8.12 (1871).

⁷⁵ CP 8.12 (1871). La idea ya había sido anticipada en "Some Consequences". CP 5.311 (1868).

⁷⁶ CP 6.3 (1898).

importa el motivo para investigar —aunque nunca pueda garantizarse el éxito y ni siquiera el progreso— Peirce regresa a su imaginería náutica:

Imaginen un navío abandonado que flota por el océano; y supongan que sea llevado de acá para allá hasta que por casualidad llegue a una orilla. Entonces, un navío que remolque al abandonado y lo devuelva a la orilla más cercana estaría “acelerando” el destino de ese abandonado...⁷⁷.

Pueden preguntarse por qué Peirce puso “acelerando” entre comillas. Bien, él ya había usado la palabra antes en ese párrafo y ahora está indicando que la idea que trata de expresar no es exactamente lo que “acelerar” sugeriría de ordinario. No puede haber garantía de que ni siquiera el investigador mejor motivado alcance la verdad antes que alguien que carezca del verdadero espíritu de investigación, o que no llegue a captar los principios lógicos, o ambos; y tampoco puede haber ninguna garantía de que ni siquiera una comunidad de tales investigadores llegue allí antes. Pero la metáfora del barco abandonado sugiere el sentido especial, restringido, en que el motivo correcto y los principios lógicos correctos “*aceleran*” la investigación. Es verdad que, aunque por sí mismo podría ir a la deriva mucho más tiempo, el barco abandonado *podría* llegar a la orilla incluso antes de lo que lo haría si fuera remolcado. A pesar de todo, remolcarlo tiene ventajas reales: pues podemos estar seguros de que así llegará a la orilla en un tiempo limitado.

De manera similar, la investigación bien conducida no nos llevará *necesariamente* a la verdad de una cuestión antes de lo que podríamos acertar si solamente esperásemos a que la experiencia recalcitrante nos empujara. Pero es una apuesta mejor, porque debería llevarnos a la verdad de la cuestión que nos ocupa en un tiempo limitado. Como Peirce había escrito en otro lugar: “Cuanto más vorazmente se desea la verdad en el punto de partida, más corto en siglos será el camino hasta ella”⁷⁸, mientras que de otra manera podríamos tener que esperar indefinidamente.

He hablado, como hace Peirce, de investigación realizada con el espíritu correcto y guiada por principios lógicos sólidos; pero, ¿cuál es, más exactamente, el papel de estos últimos? Los métodos racionales de investigación, escribe Peirce, llevarán el barco a la orilla, la investigación a las respuestas verdaderas, tan rápido como sea posible⁷⁹ —“métodos racionales” porque el método de la ciencia que él recomienda sobre los otros métodos descritos en “*Fixation*” es el método de la experiencia y del razonamiento. Como él explica, ampliando su metáfora náutica, los dos trabajan juntos: es la experiencia la que impulsa la investigación hacia delante, pero lo que nos permite manejar el barco es la lógica, los principios del razonamiento. Un hombre ignorante de esos principios, nos dice, es “como un barco en mar abierto con nadie que entienda las reglas de navegación a bordo”⁸⁰. De hecho, el pasaje del “barco abandonado” comienza: “la utilidad práctica precisa de una teoría de lógica sólida es acortar el tiempo de espera para conocer la verdad, acelerar el resultado predestinado...”.

“Lógica” debería entenderse aquí en sentido amplio, como “teoría de todo aquello que sea bueno para el razonamiento”. ¿Por qué es así? En parte porque, según Peirce, la lógica incluye abducción e inducción además de deducción; pero también en parte porque, según él, el buen razonamiento no se limita a las formas de inferencia formales y sintácticamente válidas. Los métodos racionales de investigación pueden bien requerir algo más: el desarrollo de un vocabulario nuevo y mejor —como afirma Peirce, recurriendo ahora a una metáfora biológica, el “crecimiento del significado”⁸¹.

⁷⁷ CP 7.78 (s.f.). Según Arthur Burks (el editor de los volúmenes 7 y 8 de los *Collected Papers*), parece por referencias internas que estos párrafos fueron escritos después de 1900.

⁷⁸ CP 5.582, RLT, p. 170 (1898).

⁷⁹ 7.78 (s.f) (pero véase nota 77 arriba).

⁸⁰ CP 5.368 (1877).

⁸¹ CP 7.587 (1866-67), 2.302 (c.1902). Como hemos visto anteriormente, Peirce considera que la metáfora juega un papel clave en este crecimiento. Véase también Susan Haack, “The Growth of Meaning and the Limits of Formalism, in

Al igual que la guía de principios lógicos sólidos, entiendo que el cumplir con los principios de lo que Peirce llama “economía de investigación”⁸² —una casi-metáfora, ya que él se refiere al menos tanto a la economía de tiempo y esfuerzo mental como a la economía de dinero— también “acelera” el proceso de investigación. En contraste, aquellos “dilettanti” de los que Peirce se queja, que disfrutan tanto dándole vueltas a una cuestión que considerarían cualquier solución positiva con “mal disimulado desagrado”⁸³, y aquellos que ponen barricadas de “libros vacíos y suposiciones embarazosas”⁸⁴ entorpecen el proceso de investigación, lo ralentizan. Pero el peor pecado es bloquear por completo el progreso de la investigación. En 1868, Peirce se quejaba del desesperado recurso de Descartes a lo inexplicable. Para el tiempo de las *Cambridge Conference Lectures* de 1898, donde Peirce lista cuatro maniobras tales, sabemos que esa es solo una de varias maneras de bloquear el camino de la investigación⁸⁵: hacer afirmaciones absolutas, esto es, declaraciones de conocimiento infalible⁸⁶; afirmar que esto o aquello es incognoscible⁸⁷; afirmar que se tiene la formulación final y perfecta de alguna idea⁸⁸; y —la forma cartesiana— apelar a lo inexplicable⁸⁹.

La postura filosófica de Peirce, afirma, crece a partir de “un falibilismo contrito, combinado con una gran fe en la realidad del conocimiento, y un intenso deseo de averiguar las cosas”⁹⁰; y, en esta línea, dos de los cuatro movimientos que bloquean la investigación que él menciona (afirmaciones de que esto o aquello es incognoscible, apelar a lo inexplicable) son violaciones de esa “gran fe en la realidad del conocimiento”, y los otros dos (aserciones absolutas, pretensiones de tener la formulación perfecta de alguna idea) son violaciones del falibilismo.

“Falibilismo”, dice también Peirce, sería un buen nombre para su filosofía como un todo⁹¹; y concluiré esta sección con dos metáforas que usa para explicar a qué equivale el falibilismo. La primera es suficientemente directa: “ninguna plaga puede detener todo crecimiento intelectual con tanta seguridad como la plaga de la arrogancia”⁹². Y, en efecto, no hay nada tan mortal para la investigación sería como una firme convicción de que ya sabes; ni tampoco, Peirce añade acertadamente, como “la vanidad del ingenio” [*vanity of cleverness*]⁹³. Pero otra de sus metáforas falibilistas necesita ser manejada con más cuidado: “El espíritu científico requiere que un hombre esté listo en todo momento para abandonar toda la carga de sus creencias en el momento en que la experiencia esté contra ellas”⁹⁴. Esto es potencialmente confuso, porque parece sugerir que un investigador podría tener que rechazar *todas* sus creencias —lo que no solo suena sospechosamente cartesiano, sino que también, y peor aún, parece ser incompatible con el reconocimiento de Peirce de que es imposible deshacerse de todas nuestras creencias, de que sin *algunas* creencias no podrías ni siquiera empezar a investigar. Mi conjetura es que lo que quería decir es que el espíritu científico

Science and Law,” *Análisis filosófico* (2009): 5-29.

⁸² CP 1.122 ss. (c.1896).

⁸³ CP 5.396 (1878).

⁸⁴ CP 1.645, RLT, p. 114 (1898).

⁸⁵ He explorado en detalle las ramificaciones de esta maravillosa metáfora en “Do Not Block the Way of Inquiry,” *Transactions of the Charles S. Peirce Society* 50, no.3 (2014): 319-339. Véase también Susan Haack, “The First Rule of Reason,” en *The Rule of Reason: The Philosophy of C.S. Peirce*, eds. Jacqueline Brunning y Paul Forster (Toronto: Toronto University Press, 1997), pp.241-61— que ahora considero como una especie de ensayo para el texto del 2014.

⁸⁶ CP 1.137; RLT, p.179 (1898).

⁸⁷ CP 1.138; RLT, p.179 (1898).

⁸⁸ CP 1.140; RLT, p.180 (1898).

⁸⁹ CP 1.139; RLT, pp.179-80 (1898).

⁹⁰ CP 1.14 (c.1897).

⁹¹ CP 1.13 (c. 1897).

⁹² CP 1.13 (c. 1897)—un comentario que recuerda a Platón, *Meno*, 84b3-c1.

⁹³ CP 1.31 (1903). Véase también Susan Haack, “Serious Philosophy,” *Spazio filosofico* 18 (2016): 395-407.

⁹⁴ CP 1.55 (c.1896).

requiere que estés listo para desechar grandes cantidades de creencias cuando hay una prueba contraria —como los descubrimientos de Copérnico obligaron a los astrónomos a desechar todas las creencias implicadas por la idea de que la tierra es el centro del universo, o como el descubrimiento de Oswald Avery del papel del ADN requirió que los biólogos moleculares desearan todas aquellas implicadas por la idea de que la proteína es el material genético⁹⁵— esto es, que podrías tener que abandonar no *toda* la carga sino *una* carga. Pero este es el único cabo suelto que he encontrado en el rico tapiz de metáforas de Peirce.

4. Un camino hacia delante

A Peirce no le gustaba la palabra “epistemología” —“una traducción atroz del *Erkenntnislehre* alemán”⁹⁶. Y señaló que la palabra griega “*episteme*” se traduce mejor como “comprensión” —la habilidad de definir una cosa de tal manera que todas sus propiedades sean corolarios de la definición— que como “conocimiento”⁹⁷. Pero esto no significa que él no haga lo que hoy en día se llamaría epistemología; por el contrario, tanto su teoría de la investigación como mucho de lo que llama “lógica” ciertamente cae de lleno dentro de ese campo.

Sin embargo, durante muchas décadas los epistemólogos de las corrientes analítica y neo-analítica parecen haber estado ocupados en “refutar al escéptico”, definiendo conocimiento, articulando la diferencia entre conocimiento y mera creencia verdadera, y —desde 1963, como respuesta a las así llamadas “paradojas de Gettier” y su progenie— la diferencia entre conocimiento e incluso creencia verdadera justificada. Estas no son cuestiones que preocuparan a Peirce. De hecho, escribe que es inútil discutir con un escéptico, ya que su escepticismo excluye que algún argumento pueda cambiarle⁹⁸; y ese escepticismo simplemente bloquea el camino de la investigación⁹⁹. Más aún, él usa la palabra “conocimiento” en una amplia variedad de formas, escribiendo de “conocimiento falsificado”¹⁰⁰, “conocimiento falible”¹⁰¹, “conocimiento satisfactorio”¹⁰², “conocimiento perfecto”¹⁰³. Y por supuesto, viviendo cuando lo hizo, no estaba en peligro de ser absorbido en el agujero negro de la Gettierología: para la que sus mordaces observaciones acerca de aquellos “a los que cualquier descubrimiento que trajera sosiego a una cuestión controvertida evidentemente molestaría”¹⁰⁴ porque arruinaría la diversión de darle vueltas y más vueltas parecen notablemente a propósito. Pero, cuando consideras cuánto tiempo y energía se ha malgastado en esos esfuerzos infructuosos de discutir con el escéptico, definir el conocimiento y resolver esas supuestas paradojas¹⁰⁵, también puedes empezar a sentir, como yo lo hago, que esa puede ser una ventaja positiva de la postura de Peirce.

⁹⁵ Oswald T. Avery, Colin M. MacCleod y Macklyn McCarty, “Studies of the Chemical Nature of the Substance Inducing Transformation in Pneumococcal Types” (1944), en Harry O. Corwin and John B. Jenkins, eds., *Conceptual Foundations of Genetics: Selected Readings* (Boston: Houghton Mifflin, 1976), 13-27.

⁹⁶ CP 5.496 (c.1906).

⁹⁷ CP 1.232 (1902).

⁹⁸ CP 5.318 (1868).

⁹⁹ CP 6.493 (c.1896).

¹⁰⁰ CP 7.376 (1873).

¹⁰¹ CP 2.142 (1902), 2.532 (1903).

¹⁰² CP 2.200 (1902).

¹⁰³ CP 4.62 (1893).

¹⁰⁴ CP 5.520 (c.1905).

¹⁰⁵ Edmund Gettier, “Is Justified True Belief Knowledge?”, *Analysis* 23 (1963): 121-23. Véase también Susan Haack, “‘Know’ is Just a Four-Letter Word”—escrito en 1983, pero no publicado hasta 2009, en la segunda edición de mi *Evidence and Inquiry* (nota 35 arriba), 301-30— sosteniendo que las paradojas de tipo Gettier son tan inevitables como poco interesantes dado el desequilibrio entre una concepción categórica del conocimiento y una concepción progresiva de la justificación. (Parece que los Gettierologistas, añadiría ahora, no se han desvinculado nunca de una concepción

Quizás ahora estén pensando que Peirce se centra en la teoría de la investigación más que en la teoría del conocimiento, en el proceso más que en el producto, que su trabajo está más en la línea que desciende de las *Regulae* de Descartes que de sus *Meditaciones*. Hay algo de verdad en esto; pero no puede decirse que eso sea todo. De hecho, la obra de Peirce arroja bastante luz sobre *ambas* líneas descendentes. Nos hace mirar de nuevo, por ejemplo, el debate entre fundacionalismo y coherentismo, la “epistemología de la virtud” y las críticas de finales del siglo XX de la racionalidad de la ciencia e incluso de la legitimidad de la empresa epistemológica en sí misma:

- La insistencia de Peirce en que los argumentos para afirmaciones empíricas deberían formar un cable y no una cadena sugiere —mucho antes de que Quine hablara de “red de creencias”¹⁰⁶— una concepción de la prueba como una trama, cuanto más densa y más entrelazada mejor. Más aún, Peirce pone su metáfora a trabajar de forma mucho más fructífera de lo que Quine hizo nunca.
- La concepción madura de percepción de Peirce sugiere —mucho antes de los debates contemporáneos acerca de si la percepción es o no es proposicional— que, mientras que toda afirmación empírica se basa finalmente en la experiencia, cada una de nuestras creencias, incluidos los juicios perceptuales, son falibles.
- Mucho antes que Kuhn, Peirce había considerado la idea de que la ciencia podría avanzar a través de movimientos revolucionarios, “cataclísmicos”, en la teoría; y comentó que la historia de la ciencia no proporciona pruebas de esto, y que en cualquier caso “*an emmet*” (una hormiga) es mucho más competente para disertar sobre la forma de la tierra de lo que somos nosotros para decir cómo serán los futuros milenios de trabajo científico¹⁰⁷.
- Más aún, la comprensión de Peirce de la manera en que crece el significado en tanto que nuestro conocimiento crece explica qué falló en el pensamiento de extremistas como Kuhn, Feyerabend y Rorty, que imaginaron que la variación de significado es inevitablemente un impedimento para la racionalidad¹⁰⁸ —incluso, en el caso de Rorty, que es una razón para abandonar la epistemología y, finalmente, abandonar la idea de que la filosofía es una clase de investigación y reconocer que no es sino “una clase de escritura”, otro género de literatura que se distingue solamente por los nombres que proporciona¹⁰⁹.
- Y las reflexiones de Peirce sobre los motivos para investigar podrían proporcionar unas dimensiones completamente nuevas a lo que parece haberse convertido, con demasiada

cartesiana de las pruebas como formando una cadena).

¹⁰⁶ W. V. Quine, “Two Dogmas of Empiricism” (1951), en Quine, *From a Logical Point of View* (1952; New York: Harper Torchbooks, 1963), 20-46. W. V. Quine and Joseph Ullian, *The Web of Belief* (Nueva York: Random House, 1978).

¹⁰⁷ *CP* 2.150 (c.1902).

¹⁰⁸ Véase, por ejemplo, Thomas S. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions* (Chicago: University of Chicago Press, 1962), pp.101 ss.; Paul K. Feyerabend, *Against Method: Outline of an Anarchistic Theory of Knowledge* (1975; Londres: Verso, 1978), capítulo 17 (que habla del cambio conceptual y de su supuesta consecuencia, “inconmensurabilidad”); Richard Rorty, “Science as Solidarity,” en John S. Nelson, Allan Megill, y Donald M. McCloskey, eds., *The Rhetoric of the Human Sciences* (Madison, WI: University of Wisconsin Press, 1987), 38-52. Véase también la sección final de Susan Haack, ““Realism,”” *Synthese* 73 (1987): 275-99, donde sostengo que la variación de significado no tiene consecuencias tan radicales como a menudo se supone; y “The Growth of Meaning and the Limits of Formalism” (nota 81 arriba).

¹⁰⁹ Richard Rorty, “Philosophy as a Kind of Writing: An Essay on Derrida” (1978-79), en Rorty, *Consequences of Pragmatism* (Hassocks, Sussex: Harvester Press, 1982), 90-109.

frecuencia, en discusiones rutinarias de una corta lista de virtudes epistemológicas concebidas de manera aguada y sin sangre¹¹⁰.

Más allá de todas estas contribuciones específicas, sin embargo, hay algo incluso más importante. La epistemología debería ser una disciplina de relevancia y aplicación práctica efectiva —después de todo, como expuso Jeremy Bentham, cada uno de nosotros, conscientemente o de otra manera, hace juicios cada hora que pasa despierto acerca de la valía de la prueba¹¹¹; y como J. S. Mill añadió, realizar tales juicios es la tarea profesional de, entre otros, magistrados, navegantes y agricultores¹¹². Hoy en día, sin embargo, se ha convertido en una especialidad académica sobre-profesionalizada —fragmentada en un montón de nichos y camarillas, hermética, abstracta, centrada en un rango limitado de ejemplos inventados y en su mayor parte separada¹¹³ de los problemas de la vida real que la epistemología podría, y debería, iluminar¹¹⁴. En contraste, las ideas de Peirce parecen notable y refrescantemente *reales*: vivas, formadas a través de sus reflexiones sobre la historia de la ciencia, a través de su propio trabajo científico y a través de su extraordinariamente católico ámbito de lecturas. Y son también, creo, altamente relevantes para asuntos de la vida real tales como los procedimientos probatorios de la ley y la organización de las universidades.

Por ejemplo, los pensamientos de Peirce acerca de la red de pruebas que apoyan las traducciones cuneiformes, y de forma más general sobre la argumentación científica como formando un cable con muchas fibras —esto es, por usar la palabra de Whewell, sobre la consiliencia¹¹⁵— tienen una consecuencia inmediata sobre un asunto que surge de forma regular en la corte: si una combinación de trozos de evidencia, ninguno de los cuales garantiza por sí mismo de manera suficiente una conclusión de hecho con el requerido grado de prueba, pueden hacerlo de manera conjunta¹¹⁶. Y sus pensamientos acerca de los motivos para investigar tienen una relevancia bastante directa y muy perturbadora para cuestiones acerca de las estructuras organizativas y procedimientos de las universidades. Por ejemplo: ¿qué clase de estructura de incentivos estimula una investigación seria y genuina y cuál estimula en cambio la falsa (defendiendo la verdad de alguna afirmación con la que el “investigador” ya está inamoviblemente comprometido de antemano) y la engañosa (defendiendo alguna afirmación sobre cuya verdad el “investigador” es indiferente, pero

¹¹⁰ La manera de comprender las virtudes epistémicas de Linda Zagzebski (influida, entre otros, por Aristóteles y Dewey) es muy rica; pero las discusiones posteriores parecen haber sufrido el usual empobrecimiento neo-analítico. Linda Zagzebski, *Virtues of the Mind* (Nueva York: Cambridge University Press, 1996). Véase también Susan Haack, “The Ideal of Intellectual Integrity, in Life and Literature” (2005), en Haack, *Putting Philosophy to Work: Inquiry and Its Place in Culture* (Amherst, NY: Prometheus Books 2008, segunda ed., 2013), 209-20 (texto) y 307-09 (notas).

¹¹¹ Jeremy Bentham, *Rationale of Judicial Evidence* (1827; Nueva York: Garland, 1978) (5 vols.), vol. 1, p.18.

¹¹² John Stuart Mill, *A System of Logic, Ratiocinative and Inductive, Being a Connected View of the Principles of Evidence and the Methods of Scientific Investigation* (1843), 8ª ed., Londres, 1970, p. 5.

¹¹³ Principalmente; hay, por supuesto, excepciones.

¹¹⁴ Susan Haack, “Epistemology: Who Needs It?” (publicado por primera vez en danés en 2011), en *Kilikya Felsefe Dergisi (Cicilia Journal of Philosophy)* 3 (2015):1-15; y en *Philosophy South: Filosofía UNISINOS* 16, no.2 (2015): 183-93; “The Fragmentation of Philosophy, the Road to Reintegration,” en Julia Göhner y Eva-Maria Jung, eds., *Susan Haack: Reintegrating Philosophy* (Berlín: Springer, 2016), 1-32.

¹¹⁵ Fue William Whewell, no Peirce, quien inventó el neologismo “consiliencia”. Pero, como estos comentarios revelan, aunque Peirce no tenía la palabra, tenía ciertamente el *concepto* de consiliencia. William Whewell, *Philosophy of the Inductive Sciences* (1840), en *Selected Writings of William Whewell*, ed. Yehuda Elkana (Chicago: University of Chicago Press, 1984), 121–259, 257.

¹¹⁶ Véase, por ejemplo, Susan Haack, “Proving Causation: The Holism of Warrant and the Atomism of Evidence Law” (2008), en Haack, *Evidence Matters: Science, Proof, and Truth in the Law* (Nueva York: Cambridge University Press, 2014), 208-38.

sosteniendo lo que espera que le hará conocido o que al menos le conseguirá una posición)?¹¹⁷. Y con respecto a la filosofía en particular, ¿cuáles son los perversos incentivos que han impulsado últimamente a los filósofos a emular los adornos de las ciencias más que, como urgía Peirce, su espíritu vivo?¹¹⁸

Podría continuar, quizá señalando lo a menudo que últimamente, ya que amigos y corresponsales me preguntan acerca de la reciente moda de hablar sobre “hechos alternativos” y “post-verdad”, me encuentro citando a Peirce a modo de respuesta. “Tú opinas ciertamente que hay una cosa tal como la verdad. De otro modo, la razón y el pensamiento no tendrían propósito”¹¹⁹; y “todo hombre está completamente satisfecho de que haya una cosa tal como la verdad, o no haría ninguna pregunta”¹²⁰. Añado, además, que tampoco haría ninguna afirmación, incluyendo por supuesto la afirmación de que la nuestra es una era de la post-verdad. Pero explicitar todo esto requeriría un nuevo texto completo¹²¹ y obviamente no es una tarea que podamos realizar aquí¹²².

¹¹⁷ El concepto de investigación engañosa es mío, añadido a algunos pensamientos complementarios de Peirce acerca del razonamiento falso. Susan Haack, “Preposterism and Its Consequences” (1996), en Haack, *Manifesto of a Passionate Moderate*, (nota 11 arriba), 188-208, pp. 189-90. Véase también, de forma más general, mi “Out of Step: Academic Ethics in a Preposterous Environment,” en Haack, *Putting Philosophy to Work* (nota 110 arriba), 251-68 (texto) y 313-17 (notas); y la última sección de “Serious Philosophy” (nota 93 arriba).

¹¹⁸ Véase Susan Haack, *Scientism and Its Discontents* (Rounded Globe, 2017), disponible gratis en <https://roundedglobe.com/>, especialmente la sección final de la segunda conferencia, “Scientific Philosophy, Yes: Scientistic Philosophy, No.”

¹¹⁹ CP 2.135 (1902).

¹²⁰ CP 5.211 (1903).

¹²¹ Sin embargo, he abordado algunos otros asuntos desde una perspectiva legal en “La justicia, la verdad y la prueba: No tan simples, después de todo,” en Jordi Ferrer Beltrán y Carmen Vázquez, eds., *Debatiendo con Taruffo* (Madrid: Marcial Pons, 2016), 311-336.

¹²² Mi agradecimiento a Mark Migotti (y a los estudiantes de su seminario de invierno 2017 sobre Peirce, con los que compartió este texto) por sus útiles comentarios; y a Pamela Lucken por su ayuda para encontrar material relevante.